

# LETRAS

# Letrillas

# LETRONES

## CARTA DE MOSCÚ RUSIA Y EL BARRO

**1. Deshielo.** Tras el largo y gélido invierno moscovita, a finales de marzo y primeros de abril el sol por fin recobra algo de fuerza y bebe los arroyos del hielo desatados. Para los que somos de latitudes más cálidas el deshielo no deja de ser un espectáculo fascinante: poder ver en directo un fenómeno tan obvio allí donde ocurre todos los años como extraño, casi exclusivamente literario, de cuento infantil, en otros lugares. En apenas cuatro días la abundante nieve que cubría los amplios bulevares de Moscú desaparece casi por completo.

La primera consecuencia, obviamente, es el barro. Un barro omnipresente que mancha los coches y el calzado, hasta el punto que en los museos obligan a cubrir los zapatos con unas bolsas de plástico transparente para evitar que las salas se conviertan en un barrizal. Los coches, entre los que abundan los de gama alta, los Porsche Cayenne, los BMW y demás familia, llevan los bajos y la parte trasera totalmente embarrados, sin que tenga sentido limpiarlos hasta que, igual que se fue el hielo, se vaya el barro.

**2. Historia.** Es fácil ver los setenta años de comunismo como un largo invierno. El mausoleo de Lenin y la Plaza Roja, más pequeña en vivo que cuando aparecía llena de tanques, el imponente Kremlin, la desasosegante Lubyanka,

el surrealista Parque de Logros Económicos y los demás símbolos soviéticos todavía proyectan ese frío interior de los regímenes totalitarios. Las salas dedicadas al realismo socialista en la galería Tetryakov, como conclusión y final del estallido creativo que acompaña e incluso antecede a la Revolución, son un golpe helado al visitante. Que toda la vitalidad y la experimentación del constructivismo, el suprematismo, los Rodchenko, Goncharova, Rothko, desemboque en los almibarados retratos de Stalin produce un profundo escalofrío.

Y tras el largo invierno, el deshielo que comienza con la caída del muro y que se hace irreversible desde el golpe de agosto de 1991. Como en las calles de Moscú, la primera consecuencia es el barro. El barro de la corrupción, la privatización salvaje del Estado, las mafias, los oligarcas, los conflictos en la periferia del imperio, simbolizados por Chechenia, la presión sobre los medios de comunicación. Ningún ruso guarda un buen recuerdo de los años noventa, el caos y el miedo, vivir en medio del barro.

Frente a esa etapa los años de Putin ofrecen al menos cierta estabilidad, y la prosperidad que el alza de los precios del gas y el petróleo han permitido. Claro que están el caso Jodorkovsky, el asesinato de Politkovskaya, el caso Litvinenko, los atentados terroristas. Pero ahora al menos ese barro metafórico no comparece en Moscú. Hay una apariencia de prosperidad en los coches, las tiendas de



Duelo tras los atentados terroristas.

lujo, los chóferes que se apresuran a abrir puertas de bares exclusivos para mujeres aún más exclusivas. El aeropuerto de Domodedovo reluce. Los bares y restaurantes abren 24 horas diarias. La miseria no se ve. No parece que haya un abismo de pobreza, aunque es de suponer que la temperatura contribuye a esconderla.

**3. Fatalismo.** Sin embargo, algo no termina de cuadrar. Quizá sea la insondable alma rusa que tanto ha dado que hablar. Dos terroristas suicidas vuelan por los aires a cuarenta personas en el metro y la vida sigue, como ocurría en el Madrid de los años ochenta. Los intelectuales jóvenes fuman sin parar, llenan las galerías de arte, se mantienen al tanto de lo que ocurre en Occidente, y no les interesa en absoluto la política. La gran mayoría de ellos no ha votado nunca, ni piensa hacerlo. Cuentan chistes sobre el tiempo libre que tiene el presidente Medvedev a juzgar por las horas que dedica a su blog, y lamentan la falta de buenas librerías.

Pero poco más. Inmersos en un “fatalismo risueño”, como dijera Octavio Paz, agradecen la estabilidad y la aparente normalidad en que viven y no consideran que el futuro de su sociedad les incumba. Quizá una consecuencia de esto sea el veloz declive demográfico del país: si te desentendes del futuro no tiene sentido poblarlo.

Hay grupos que se reúnen en protestas silenciosas cerca de Pushkinskaya, un día a la semana. Hay periódicos y televisiones que mantienen cierta presión sobre el gobierno de Medvedev y Putin. Hay artistas desbordantes de talento que reinterpretan la tradición soviética y la posmodernidad rusa, como los que exponen en la galería Garage. Pero no se ve una preocupación acuciante por participar, por construir. Una sociedad civil escaldada de la política que parece haber dejado esa parcela a tecnócratas y gente de poder.

**4. Expectativas.** Quizá el problema no esté en Rusia sino en nosotros. ¿Qué esperábamos de Rusia? ¿Qué indicio había de que se fuera a convertir en el país que nos hubiera gustado? Que renunciara a su imagen de gran potencia, que respetara los derechos humanos donde y cuando nos pareciera, que subordinara su estrategia internacional a la nuestra, que aceptara su derrota sin paliativos. Y al tiempo que fuera un socio leal y agradecido. La Historia a veces parece tener voluntad propia, que tiñe de sarcasmo. Por seguir en la región, si Rusia y Polonia intentan cerrar decenios de enfrentamientos en Katyn, el avión que transporta a las autoridades polacas se estrella y mueren todos. De igual modo, el triunfo de Occidente en la guerra fría ha acabado desplazando el centro de gravedad geopolítico y cada vez Europa y Estados Unidos cuentan menos. En esta nueva etapa, quizá el orgullo de las elites rusas y el fatalismo risueño de la población estén a punto de ser recompensados. Y quizá entonces, de nuevo poderosos, los rusos puedan limpiar a fondo el barro que aun mancha su carrocería. —

— MIGUEL AGUILAR

## LITERATURA

### BORGES EN LA CIUDAD DE LOS REYES MUERTOS

Llego a Suiza en plena tormenta de nieve. El avión se mueve y Jennifer sonríe como sonríen todas las azafatas, con clara excepción de las de Iberia. Dos mujeres de mi lado, impávidas ante los sacudones, no dejan de pedir y comprar cosas: revistas, perfumes, chocolates. Yo ni grito ni pierdo la calma, soy un hombre valiente. Busco a Jennifer para que sonría. No te confundas, me digo, es mera cordialidad comercial. Pretendo ser un hombre sensato.

Cada vez que vuelo pienso en la posibilidad de que el avión se estrelle. Es algo bastante normal: según una estadística de la Boeing, un 20 por ciento de las personas desisten de embarcar en los últimos minutos. No tengo miedo, no, pero no quisiera un final así. Dicen que la muerte en un accidente aéreo es un exceso mortal. Este avión a los saltos provoca cierta discrepancia tácita con mi propio destino: yo, a diferencia de Borges, no vengo a Ginebra para morir.

Imagino ahora el avión reventado en plenos Alpes, sin sobrevivientes, con nuestros cuerpos desgarrados, en medio de la nieve. Imagino partes del joven y bello cuerpo de Jennifer entumecidas en el hielo. En mi conjetura de la tragedia no hay sobrevivientes; sólo algunas pertenencias, intactas botellitas de perfume, una revista *¡Hola!* y poco más.

Pero por suerte estamos llegando vivos y a salvo. Aterrizamos en el aeropuerto de Ginebra, donde por una puerta se sale a Francia, por la otra a Suiza. Una vez en tierra firme quiero dejar de pensar en la muerte, pero rumbo a la aduana, en la fila de al lado, una joven lee *Sissi, la emperatriz*. Pensé que ya nadie leía esos libros y recordé que Sissi, emperatriz de Austria y reina de Hungría, también vino un día a morir a Ginebra. Una mañana de septiembre, entre el tumulto de la gente, fue acuchillada al salir de su hotel.

No es la primera vez que llego a Ginebra con la única intención de dar una vuelta por la tumba de Jorge Luis

Borges, la que nunca —por una causa u otra— pude visitar. Borges no quiso ni pudo soslayar el destino de algunos hombres de su país. Morir lejos, lejos de una patria que expulsa, que escupe arriba. Y una vez muertos, perseguidos por los vivos.

La familia de Borges llegó a Europa para que su padre se curara una incipiente ceguera. De buena posición económica, aunque no rica, viajó en el mismo barco en el que las patricias familias argentinas llevaban sus propias vacas, por si en Europa no hubiera leche de la buena. Era 1914, y en Sarajevo asesinaban al archiduque Fernando y a su esposa. Los alemanes invadían Bélgica. Los Borges, ignorantes del contexto, viajaron a Ginebra y allí se quedaron atrapados por la guerra varios años. Mientras el conflicto ceñía Suiza, Borges leía *Crimen y castigo* de Dostoievsky. Tiempo después declaró: “esa novela, que tenía por héroes a una prostituta y un asesino, me parecía mucho más pavorosa que la guerra que nos rodeaba”. Tuvo que excusarse tantas veces: “Éramos tan ignorantes en la historia universal...”

Esta ciudad cobijó al pequeño Borges y al Borges anciano. Reconoció haber sido feliz aquí, contra tantas infelicidades bonaerenses. Siempre destacó a Ginebra como un “lugar propicio a la felicidad”. “Su patria íntima”, la llamó. Aquí aprendió latín, griego, francés, alemán y la amistad. A sus amigos les enseñó a jugar truco y en el primer partido, suerte de principiantes y descortesía, lo dejaron sin dinero.

La familia se instaló en un apartamento del primer piso del número 17 de la calle Malagnou, frente a la iglesia rusa (hoy esta calle se llama *rue Ferdinand Hodler*, en honor al pintor suizo). En su habitación, desde la que se veía la catedral de Saint-Pierre, el niño Borges atesoraba sus juguetes más preciados: libros, libros, un caleidoscopio y libros. A través del caleidoscopio las imágenes se ven duplicadas, triplicadas; es posible apreciar mundos reflejados, un pequeño universo, un universo infinito. Borges lo llamaba un *aleph*. ¿Su Rosebud?



La tumba de Borges en Ginebra.

Junto a las vacas de los ricos, los Borges cargaban cajones con libros argentinos: el *Facundo* de Sarmiento; obras de Eduardo Gutiérrez, Evaristo Carriego, Hilario Ascasubi, Leopoldo Lugones... En un francés recién aprendido leyó a Daudet, Zola, Maupassant, Hugo y Flaubert. Practicó el alemán con Meyrink, Kant y el *Lyrisches Intermezzo* de Heine, que lo convenció de ser poeta en su propio idioma. Esos mismos días, los rusos y los ingleses encandilaron al escritor, especialmente Thomas Carlyle, De Quincey, Chesterton. En su primer cumpleaños en Ginebra pidió de regalo una enciclopedia germánica. Jorge Luis Borges tenía quince años.

Por las calles subibajas de la *Vieille Ville*, un diminuto Georgie —como lo llamaba su familia—, miope y temeroso, quiso saber del sexo, pero asimiló a Schopenhauer. Su padre, secreto frecuentador de burdeles, un día preguntó a su hijo si alguna vez había estado con una mujer. Con toda la timidez del mundo, respondió que no. Le dio una dirección, un día y una hora determinada, donde debía presentarse para que se ocuparan de él. Sus peores biógrafos especulan que no hubo otro encuentro similar durante treinta años. A los 45 años, Borges no sabía cómo enfrentarse a eso que Freud y los demás llaman pulsión sexual. Se hubiera muerto ante la sonrisa de Jennifer.

Recorro las callecitas de Ginebra para perseguir el halo que desprenden los mitos. Por aquí caminó Cortázar (también siguiendo a Borges), en este

lujoso hotel se hospedó Bioy Casares. Esta escuela la fundó Calvino (el *college* donde estudió Borges). En esta casa vivió Rousseau. Ay, argentinos, ¡qué seríamos sin los muertos!

Cruzo el Ródano, y por la zona de los periodistas, llego al cementerio de Plainpalais, el cementerio de los reyes. Mi guía de Ginebra se reduce a una guía de este cementerio. Puro necroturismo argentino, visita de tumbas; turismo posmoderno, el de cerciorarse *in situ* de imágenes conocidas de memoria.

Si Borges alguna vez pidió para su lápida “las dos fechas abstractas/ y el olvido”, sé que en ella, piedra gris de Punilla, hay secretos, juegos, acertijo, ironía, amor. De todo, menos el quimérico olvido. Lleva grabado su nombre y las dos fechas (1899-1986), una cruz de Camelot y, dentro de un medallón, siete guerreros vigilantes con las armas rotas. Puede leerse: “*and ne forbtendon na*” (algo así como “y no deberás temer” en sajón antiguo). Al reverso, están tallados dos versos de la *Völsunga Saga*, saga noruega del siglo XIII: “*Hann tekr svertbit Gram ok/leggr i methal theira bert*”, “Él tomo su espada, Gram, y colocó el metal desnudo entre los dos”. Los versos aluden a las noches en que el héroe comparte lecho con una mujer, y para no tocarla, coloca la espada (Gram: las espadas llevaban nombre) entre ellos. Debajo de los versos, la dedicatoria “De Ulrica a Javier Otárola”. Y una nave vikinga con su vela desplegada surca la piedra. Algunos vieron un misterioso mensaje final. Los que leyeron a Borges saben que no hay tal enigma. Los versos preludian el cuento “Ulrica”, de *El libro de arena* (1975). El relato es aquel que dice que “no había una espada entre los dos [...] secular en la sombra, fluyó el amor”. Está dedicado a María Kodama (Ulrica), la mujer con la que se esposó ocho semanas antes de morir.

Sé de esta tumba tanto como si la hubiera visto. Sé la refinada disposición del cementerio y los caminos que me llevan al sepulcro del escritor. Leí cientos de veces cómo llegar a la número 735, entre las de Calvino y Kipling.

Cuando llego, veo por la puerta tumbas y tumbas.

Pero de lejos no se ve nada.

El cementerio está cerrado por vacaciones.

Subo al sosegado tranvía ginebrino y a mi lado una mujer me sonrío. Se llama Popó, me dice en el suave francés de los suizos. Se refiere a su mascota, una rata blanca que lleva en el hombro bajo el abrigo. La rata va y viene y cuando asoma por su cuello, la mujer la besa, y me sonrío. Sonríe por las dudas, pero me bajo y me detengo en la costa del Ródano. El frío azota la ciudad de los reyes muertos. Miro el río esperando encontrar un reflejo, y sólo encuentro las luces de un banco árabe. —

— GASTÓN GARCÍA

## POLÍTICA

### LUZ Y TAQUÍGRAFOS

El 6 de abril el Tribunal Superior de Justicia de Madrid levantó parcialmente el secreto de sumario del caso Gürtel, que investiga una presunta trama de corrupción en la que están implicados varios cargos del Partido Popular y que afecta a cuatro comunidades autónomas y más de una decena de administraciones. La red, dirigida por el empresario Francisco Correa, consistía en una serie de empresas que conseguían contratos a base de favores o regalos, beneficiándose de su buena relación con el PP (Correa organizó los actos del partido durante una época). También se acusa a los miembros de la trama de actuar como intermediarios entre políticos y empresarios para adjudicaciones de suelo. Hay cerca de 70 imputados y según el sumario, miembros del PP en las cámaras nacionales y cargos en la Comunidad de Madrid y la Comunidad Valenciana colaboraron con la red. La policía cree que la trama financió ilegalmente una campaña del partido en Valencia, pero no se ha demostrado. El caso acapara la atención de los medios desde febrero de 2009, y las filtraciones en prensa y el levantamiento del secreto sobre 17.000 folios del sumario en septiembre habían permitido conocer partes de la inves-

tigación: desde los regalos ofrecidos a dirigentes hasta charlas afectuosas entre cabecillas de la trama y políticos, pasando por espectaculares incrementos de patrimonio. La prensa también ha dedicado portadas a la historia judicial, que ha transcurrido bajo una deprimente bronca política: Garzón abrió la investigación desde la Audiencia Nacional; la causa pasó al Tribunal Superior de Justicia de Madrid, el de Valencia –que la archivó– y el Tribunal Supremo. El Ministro de Justicia dimitió tras coincidir en una cacería con Garzón. El PP pidió la recusación de Garzón y protestó por las filtraciones. Cuando el TSJV archivió la imputación al presidente valenciano Francisco Camps, el Gobierno anunció que la Fiscalía Anticorrupción recurriría la causa. En marzo el TSJM anuló las escuchas grabadas en la cárcel entre los imputados y sus abogados. Dos días después del levantamiento de los 50.000 folios del sumario, el ex tesoro del PP y senador Luis Bárcenas, que según los informes habría recibido 1,3 millones de euros de la trama, suspendió su militancia en el partido.

Antes de tener tiempo de leer el sumario, a menos que hubiera seguido el curso de lectura rápida que permitió a Woody Allen terminar *Guerra y paz* en 20 minutos y concluir que trataba de Rusia, el PP anunció que no contenía nada nuevo. Su versión es que un grupo de maleantes se ha aprovechado de la formación para enriquecerse. Su líder, Mariano Rajoy –que dejó de contratar a las empresas de la trama–, ha mostrado su apoyo a miembros implicados del PP y ha reivindicado la presunción de inocencia cuando se le reclamaban expulsiones. Pero también ha habido dimisiones forzadas por la dirección del partido, seguidas de desconcertantes loas al desempeño en el cargo del dimisionario. Frente a la cautela de Rajoy (“supongo”, dijo cuando le preguntaron si Bárcenas seguiría siendo senador), Esperanza Aguirre se ha mostrado más expectativa u oportunista en Madrid, donde la trama tuvo una presencia más intensa. El caso también representa una batalla interna entre la gente de la época de Aznar y

la generación más joven; entre el estilo calmado de Rajoy y los que le reclaman contundencia.

Algunos dirigentes del PP, como su número dos, Dolores de Cospedal –que ha pedido perdón a los ciudadanos por el caso–, han relativizado la importancia de los regalos y cuestionado la legalidad de las escuchas que han llevado a los tribunales. Lo más grave es que ha denunciado una conspiración gubernamental contra el partido y el uso de la policía para perjudicar a la oposición. El argumento aparece en la web del PP, que señala que en el sumario hay informes que “ya han sido desechados por la justicia”.

El PSOE ha exigido responsabilidades políticas a la organización y ha intentado desgastar con Gürtel a todo el partido. Zapatero parece haber elegido una línea prudente, pero el vicesecretario general del PSOE ha declarado: “es un escándalo montado por gente del PP para beneficiarse ellos y el PP [...] Es una marea negra de corrupción que salpica a la calle Génova y se extiende por todas las comunidades autónomas donde gobierna el PP con mayoría absoluta”. Por detrás en las encuestas, con un líder fatigado y nefastas cifras de paro, parece que el PSOE espera ganar las elecciones mediante el descrédito de su rival, y que piensa que mientras se hable del caso Gürtel no se cuestiona la actuación del Gobierno. Hay populismo y cierto ánimo revanchista: el PP llegó al poder en 1996 tras varios escándalos de corrupción en el PSOE –que incluían un caso de financiación ilegal–, enarbolando una bandera de honradez. La vergonzosa relación entre Correa y el PP se remonta a la época de Aznar y las comunidades más afectadas son Madrid y Valencia, donde la formación tiene su vivero de votos.

Esa generalización demagógica se observa en otras tribunas. Juan Goytisolo, que cree tanto en la democracia que vive en Marruecos, ha escrito: “Los votan-

tes del PP no ignoran que los altos cargos de sus comunidades están allí ‘para forrarse’. Lo saben y lo aceptan como algo natural.” Creo que no es así, y que el PP debería desvincularse más claramente de los implicados, aunque sean inocentes mientras no se demuestre lo contrario. La ambigüedad o el intento de esperar a que la tormenta pase sólo favorece la especulación y la sospecha. Y, si no presentan pruebas, sus líderes deberían ser más prudentes a la hora de hablar de conspiraciones.

La corrupción es un problema grave en España. Excede al caso Gürtel, y el PSOE no tiene motivos para sentirse orgulloso: en 2009 un informe del Fiscal General del Estado señalaba 200 procedimientos penales por corrupción contra miembros del PP y 264 contra miembros del PSOE, que no aplica a los suyos la dureza que exige a la oposición. Afecta a muchas fuerzas políticas y se extiende por numerosas comunidades autónomas. Debe investigarse hasta el final y la administración debería ser más transparente en sus contratos. Convendría



Correa, el director de la trama.

que hubiera una legislación más rígida sobre los regalos a los cargos públicos. Una encuesta del CIS decía que los españoles tienen una valoración muy baja de las organizaciones políticas; sólo los okupas gozan de menos consideración. La corrupción, además de robarnos a todos, produce desconfianza en el sistema democrático. Pero la democracia, su libertad y sus instituciones son el único medio que permite que la corrupción se conozca, y que la sociedad, los partidos y la justicia luchen contra ella. En ese combate esencial contra una visión cínica de la vida pública existe otro enemigo temible: la impresión de que no existe la verdad objetiva, de que los partidos no creen en la separación de poderes y aplican reglas diferentes según les convenga, y de que los hechos son sólo armas que se arrojan contra el adversario. –

– DANIEL GASCÓN

## POESÍA

## LA ETERNA JUVENTUD DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Imposible imaginar cómo sería hoy Miguel Hernández, a los cien años de edad. Su obra es, aunque madura, joven, y no hay manera de especular sobre lo que hubiera sido de él de haber librado el “turismo” carcelario que le impuso el franquismo triunfador. ¿Un Hernández patriarcal y reverenciado? No hay manera de concebirlo, así como no hay manera de concebir a un poeta que le cante, hoy, al toro de España. Baste con el Hernández superlativo de entonces, embargado de causas y adjetivos, crédulo y esdrújulo, ungido de poesía con la entrañable candidez del santo o del loco, del joven “con los ojos boquiabiertos” que devora mundo y es devorado por el mundo.

A últimas fechas, estudiosos y lectores han querido desmontar el aura de leyenda que rodea al hombre Miguel Domingo Hernández Gilabert, nacido en 1910 y muerto en 1942. Y hacen bien fijando a la persona y sus contradicciones por encima del inamovible y algo angelical pastor de cabras, o por sobre el “compañero del alma”. El sambenito de pastor-poeta no será fácil de erradicar, pues se lo colgaron sus propios valedores allá en los orígenes oriolanos, cuando Hernández comenzó a publicar poemas en la prensa local. Así lo presentaba, en 1930, el director del periódico *El Día*, de Alicante: “Todas las mañanas cruza las calles de Orihuela un humilde cabrero, con su zurrón y su cayado. Va a la huerta para que pasture el ganado. Allí permanece horas y horas, a la sombra de las moreras gigantes, escuchando el chirrido de las norias y el cantar de los sembradores lejanos o de los sufridos trabajadores de la parva. ¿Sabéis quién es este cabrero? ¡Un nuevo poeta! Un recio y magnífico poeta, cantor maravilloso de las melancolías de la tarde, de las caricias frescas de las auroras en la noche.” Y así lo condena el cronista de la ciudad: “He aquí, lectores, que en la provincia de Alicante, en Orihuela

y en una de sus calles más típicas, la calle de Arriba, vive un pastor que hace versos: Miguel Hernández. El pastor poeta oriolano es un pastor de cabras; nació pastor, continúa siendo pastor y morirá tal vez pasturando su rebaño.” El poeta quedaba, así, herrado con una marca indeleble. Las cabras, nos recuerdan los biógrafos, eran del padre de Hernández, lo cual atenúa la idea de su pobreza extrema (“en casa vivían bien, pero no les sobraba nada”, declaró un amigo de aquellos días), y él, aunque disfrutaba sus paseos campiranos, lo que realmente quería era salirse de esa *égloga* e ir a Madrid.

Pero yo, un poco a contracorriente, no quiero que se vaya aún a la gran ciudad. Y no es que me obsesione el estereotipo, sino que me interesa la figura de aquel joven de menos de veinte años que ya estaba leyendo a Darío pero que aún no conocía a Aleixandre ni a Neruda, quienes lo liberarían definitivamente del corset formal que oprimía a su poesía. Pero esa poesía encorsetada, que después respiraría a todo pulmón, no sólo no carece de valor sino que produjo algunos textos memorables. Me interesa, también, porque es el Hernández más alegre, inconsciente de sí, todo él formándose y construyéndose. Es el Hernández que visita continuamente la Biblioteca Pública y que regresa los libros manchados de aceite, ante el enfado de la encargada. Es el Hernández travieso, muy lejano todavía del padre sufriente que años después escribirá las famosas “Nanas de la cebolla”. Este, el adolescente, además de consumir libros con voracidad, se juntaba con sus amigos a jugar dominó o fútbol. En su equipo de fútbol (bautizado por el poeta como “La Repartiora”) lo apodaban *el Barbacha*, porque era un jugador bueno y fuerte, pero lento, y en la zona había unos caracoles llamados “barbachos”. No resisto la tentación de nombrar la alineación de La Repartiora: el Barbacha, el Mella, Rosendo Mas, Sapli, Manolé, Pepe, el Botella, Paco, Rafalla, Gavira, el Habichuela, José María, Meno y Paná. Con algunos de ellos se juntó una noche para robarles



Recital de un poeta joven.

unos aguacates a unos jesuitas vecinos, a cuyos perros guardianes distrajo con unos huesos que le regaló un vendedor de mondongo. En fin.

Después vendrá el viaje a Madrid y, un par de años después, en 1933, la publicación de su primer libro, *Perito en lunas* (rebosante de gongorismo). Pero antes está Hernández en Orihuela, inventándose. ¿Acaso entonces escribe su espléndido poema “Limón”? Sabemos que es un poema de adolescencia y que es previo a su primer libro, así que tiene que haber sido escrito muy cerca de aquellos días anteriores a su primer viaje a la capital. Sabemos, también, de la importancia que tenía ese fruto en su obra, que lo llevó a declarar: “El limonero de mi huerto influye más en mí que todos los poetas juntos.” Cito la primera de tres estrofas:

Oh limón amarillo,  
patria de mi calentura.  
Si te suelto  
en el aire,  
oh limón  
amarillo,  
me darás  
un relámpago  
en resumen.

La brevedad del metro, los constantes esguinces en los cortes de verso, el tuteo, le confieren una agilidad y un chisporroteo notables, que no contrastan con el

“oh” de aparente solemnidad, ya que está claro que el poeta está jugando, cantando para divertirse.

Si te subo  
a la punta  
de mi índice,  
oh limón  
amarillo,  
me darás  
un chinito  
coletudo,  
y hasta toda  
la China,  
aunque desde  
los ángeles  
contemplada.

La plasticidad de las imágenes es radical, pasamos de un concepto de encendido lirismo (“patria de mi calentura”) a una visión literal y de simpática contundencia: sobre la punta del índice, el limón es un chinito coletudo. El salto de un chino a toda la China es como ver florecer una sinécdoque, por no hablar de los miles de kilómetros que recorreremos en medio segundo para adoptar el punto de vista de los ángeles. Por último:

Si te hundo  
mis dientes,  
oh agrio  
mi amigo,  
me darás  
un minuto  
de mar.

El adolescente era ya un maestro del decir poético, al mando de sus cinco sentidos y de la prosodia con que los expresaba.

Maduro desde entonces, la guerra y la cárcel acelerarían violentamente su desarrollo como escritor, para cortárselo de tajo a los 32 años de edad. Ser maduro sin alcanzar la adultez no implica contradicción. Jaloneada por los acontecimientos, acaso su poesía, en movimiento perpetuo, no tuvo tiempo de ser adulta, y lo que tenemos es la eterna juventud de Miguel Hernández, sostenida en el tiempo como una fruta oronda, lista siempre para nuestros dientes. —

— JULIO TRUJILLO

## CARTA DE BEIRUT LA REINVENCIÓN DE UNA CIUDAD

La primera evidencia, en una ciudad en la que nada es obvio, pese a las apariencias, es que en Beirut ya no todo el mundo habla francés. Ni siquiera la mitad de la población, como asegura un taxista del aeropuerto, que no lo habla. Y eso pese a que los carteles están escritos en árabe y en francés, a un par o tres librerías internacionales con acento galo, y a diarios como *L'Orient*, que proclaman su “expresión francesa” e informan casi en exclusiva, como todos sus colegas, del sudoku de máximo nivel de la política de Oriente Medio. Y cuando sí lo hablan, suele ser o algo lento o un poco anticuado (y más bello que el *franglish* tan abundante hoy). Tan seguro puede uno estar de que los viejos hablan francés como inseguro de que un joven lo hable. Todo lo cual sugiere que tal vez en Líbano el tiempo pase más rápido y con más cosas que en otros sitios. ¿Cómo se puede prescindir tan fácilmente de una lengua como el francés cuando ya se tenía? Tal vez viene de ahí el que toda la ciudad —casi toda— sea también un parque arqueológico con restos no siempre romanos y abundantes rastros de balas y de bombas.

En las ciudades de Oriente Medio cuesta elegir entre matices pues casi siempre se impone un trazo dominante, como si toda la ciudad montase una obra expresionista. En El Cairo, por ejemplo, hay que hacer un primer esfuerzo para descubrir esa ciudad continente tras la aduana del ruido y el polvo del desierto, que tiñe el mundo de color pardo. En Beirut... en Beirut es la guerra la que se impone, pero no sólo la que de cuando en cuando asuela la ciudad, como un accidente astrológico ya escrito, sino la diaria del tráfico y las motos. Es verdad que El Cairo es famosa porque allí hay que reaprender a cruzar las calles —lo que requiere instrucciones, práctica y valor, igual que para correr los toros en Pamplona—, pero tal vez el tráfico de Beirut es más peligroso: allí las motos son como balas e, igual que en la guerrilla

urbana, las motos, como misiles, pueden provenir de cualquier colina, sin respetar escalón o señal. La única misión de los semáforos es alegrar con verdes y rojos un urbanismo gris, en ángulos rectos y con ordenadas cicatrices de bala. Y luego algo muy importante: puede que en El Cairo el tráfico sea un caos, pero es un caos pacífico, compuesto de corredores que charlan de coche a coche y se intercambian información útil para no perderse en esa ciudad mar. Aunque en Beirut se pita menos que en El Cairo —“los egipcios pitan”, me dijo uno de ellos; “si no pita es que no es egipcio”—, es porque la pelea es menos festiva, más agresiva.

Sería sin embargo una equivocación pensar que es la agresividad lo que prima. Todo lo contrario. Igual que en el resto de Oriente Medio, sobre todo viniendo de un país occidental, el nativo hace casi alarde de una inmensa hospitalidad —yo no sabía lo que es la hospitalidad hasta descubrir la de los árabes, allí, por mandato religioso o por lo que sea, es en efecto otra cosa—, y de una tranquilidad que muy bien puede darle una sorpresa al peatón en cualquier esquina. Así la mía, al descubrir, en pleno Beirut, una calle hermana gemela a otra de la colonia Condesa, en la ciudad de México, que me había dado cobijo un par de meses antes: la misma acacia o algo parecido dándole sombra a unos cuantos edificios bajitos y casonas, y rompiendo la acera para permitir que la hierba que asoma por entre las grietas amortigüe el suave rugido que alcanza a llegar desde avenidas más agitadas. Y ello, en un barrio que parecía el pariente árabe de la colonia Condesa en la ciudad de México, o de Coyoacán, o de la Bogotá de mi adolescencia. Entonces, para ir a mi colegio, caminaba dos kilómetros por barrios parecidos con todavía grandes casas testimonio de otras épocas, no tanto más ricas como más humanas... Hoy, en Beirut, esas casas de la magnífica arquitectura de comienzos del siglo XX suelen estar señaladas por las balas y las cuerdas de ropa tendida en la fachada, como banderas de pobreza, a la espera de que les llegue el turno en la especulación inmobiliaria; expresión que en esta

ciudad no cabe y exige ampliaciones con parábolas, adjetivos y sinónimos.

Beirut es una de esas ciudades que parece una cosa u otra, según por dónde se llegue. Si de día y en avión, y el viajero se desvía al campo de refugiados palestinos de Sabra y Chatila, de infausta memoria, puede llegar a creer que la guerra no ha terminado, o que el alto el fuego se va a romper en cinco minutos. Pues las guerras suelen anidar en sitios como ese, con una densidad de población y pobreza llamativos incluso en Oriente Medio. Y algo deben de intuir los beirutíes, que en su día acogieron a medio millón de palestinos, porque conseguir información sobre los campos de refugiados suele encontrar tantas reticencias, y fin de las sonrisas, como inquirir en Varsovia sobre el lugar del gueto judío bajo los nazis.

Pero si se llega desde el mar, y a la ampliación del puerto en construcción, igual que Colón pensó que llegaba a la India, se puede creer que se llega a Disneylandia, una Disneylandia en 3D, sólo para ricos. Esto es, en un golpe de vista en el que se cuele el antiguo Holiday Inn bombardeado—símbolo de la ciudad durante muchos años—, uno de los lugares del archilujo que, a imagen de Dubái y los Emiratos, comienza a erigir triunfantes obeliscos de cristal en las esquinas de Oriente Medio. Edificios inteligentes cuyos brillos alcanzan el cielo, sede de bancos y a menudo de uno de esos nuevos hoteles de capital saudí y siete estrellas. Especular desde la calle y fabricándose una torticolis sobre quién paga por esas habitaciones resulta bastante misterio para entretener una tarde ociosa.

Porque nada del barrio *oficial* de ministerios situado justo detrás y al lado de esos megahoteles resuelve el enig-



Beirut: mezquita con rascacielos al fondo.

ma. Organizado por y en honor de Rafic Hariri, el primer ministro asesinado en 2005, y con su tumba de mártir instalada en el corazón de la ciudad con el evidente propósito de convertirla en lugar de peregrinación, ese centro se ha convertido también en una suerte de parque temático. De no ser por los muchos soldados y cascos azules de la ONU, sería el de una ciudad del Mediterráneo oriental, con mezquitas y catedrales del tiempo de las Cruzadas, todas relucientes como joyerías, conviviendo en paz. De ahí parte la rue Gouraud, que según los nativos es el latigazo de una legendaria *night life*, pero luego resulta que es la legendaria *night life* de todas partes.

Mucho más interesante resulta un paseo por la Corniche (paseo marítimo por las colinas de la ciudad), obligatoria en cualquier ciudad mediterránea árabe y frecuente en las otras, y que todavía se mantiene *popular* aunque se estén poniendo los medios, con gigantescas grúas, para cambiar esa condición. Allí, en una tarde de domingo (en otros países de la región el domingo es el lunes de la semana laboral), se puede ver a los beirutíes comiendo helados o persiguiendo niños que aprenden a caminar, con independencia de su barrio de origen. Algo del ambiente casi tan pacífico como el campus de la Universidad Americana de Beirut, que desde hace medio siglo ocupa la mejor península de la ciudad y en la que, de no ser por las chicas con pañuelo en la cabeza—no todas pero sí muchas, y llevado además con mucha gracia—, se podría filmar una película ideal “de campus” como las docenas que hemos visto. Prodigios de la vista al mar, en la Corniche se funden los diversos guetos de Beirut, incluyendo a las clases altas, pues el paseo incluye unos cuantos restaurantes caros con terrazas en las que seguro que se han filmado películas.

Cualquier libanés hace desde siempre alarde de la gran tolerancia ideológica del país y de la ciudad, algo que tal vez fue cierto en los sesenta, o así lo dice la leyenda, pero difícilmente sostenible tras cualquier conversación larga, cortés pero repleta de alusiones políticas amenazantes. No es fácil encontrar a

alguien con fe ciega en el futuro pacífico del país, si bien, como dijo un comerciante regresado del exilio en Canadá, “somos especialistas en reconstruir”. Y a veces sin motivo: en mi hotel, que era el de los corresponsales en la última guerra, estaban rehaciendo los baños, agradablemente anticuados, de modo que durante el día el hotel reanudaba una guerra particular de martillazos y de polvo contra sus clientes. Tuve un primer impulso de cambiarme, pero luego pensé que en realidad ese era el sonido de Beirut, una suerte de azar bélico, aunque ruidoso, también poético.

Un lugar distinto, en el que nada es obvio. Uno puede encontrarse en una terraza al final del día y levantar los ojos del periódico, literalmente llamados por la fuerza de la mirada de una mujer, sin velo, que promete como sólo se promete en las guerras y no disimula su negra intensidad pese a que acompaña a una señora mayor, de las que acuden a los salones de té.

Uno no sabe qué hacer. Piensa al fin que toda la vida se arrepentirá de no haber intentado seguir la historia que comienza en esos ojos, paga—la mirada sigue, sin apagarse un grado—y, tras salir a la calle seguido por los ojos, regresa para darle una tarjeta con una dirección electrónica al camarero, con la cobarde intención de que se la entregue a la mujer cuando se vaya a marchar. Le da también un billete, como en las películas.

Y pese a la mirada, que aún arde en mi recuerdo, todavía estoy esperando. Por supuesto que la mujer pudo haber tirado la tarjeta con indiferencia y hasta una sonrisa hiriente. Pero el desasosiego insiste, no porque no haya respuesta sino por la duda: ¿le entregó el camarero la tarjeta a la mujer?, ¿se *atrevió*? En Roma la duda no tendría lugar, pues el oficio de los camareros romanos incluye entregar tarjetas y hasta ayudar a los tímidos a redactarlas. Pero ¿en Beirut? ¿Está ya previsto, o todavía no como en otras ciudades de Oriente Medio? Y cómo saberlo en una ciudad que si ha llegado a la noble edad de cinco mil años es porque se reinventa todo el tiempo, sin descanso. —

— PEDRO SORELA

## CARTA DE DAMASCO LA CASA DE LA POESÍA

**I.**  
**A**l paraíso sólo se entra una vez, después de la muerte.

Expresión atribuida a Mahoma sobre Damasco, entonces un oasis surcado por las aguas del Barada, inundado de granadas y jazmín. Imagen que el ungido, argumentan, contempló impasible desde lo alto del Monte Casiún a su regreso de La Meca y que se abstuvo de romper, esquivando visitarla. Una atribución difícil de corroborar pero muy fácil de creer. Damasco sigue siendo considerada como un edén por propios y extraños, en particular aquellos afectos al poder, aunque por razones muy diferentes. Quizás estos nuevos visitantes, previendo su futuro después de la muerte, no quieran quedarse sin conocer el paraíso.

Dos buenos amigos acaban de hacerlo. Mahmud Ahmadineyad y Hassan Nasrallah. Degustaron sus frutos, jugosos, redondos y frescos, durante una cena con su guardián; el plato fuerte los empachó sin saciarlos, fue una especialidad palestina. Tras su partida, como pasa siempre durante la languidez del invierno en Damasco, se levantó una ventisca cargada de polvo. Días antes lo habían hecho Jimmy Carter y algunos más, su empacho sin saciedad fue el mismo aunque la especialidad paladeada distinta, israelí. ¿Coincidencia? Tal vez sí y sólo fatídica para un refugio que, en Siria, suma medio millón y lleva seis décadas muerto. Sin la recompensa, prometida, de también conocer el paraíso.

**II.**  
Es un lunes como cualquier otro.

La noche damascena marca en su muy personal reloj las diez menos diez. El sótano del hotel Fardoss Tower, la paráfrasis perfecta de la “ciudad nueva”, aparenta una estrechez mucho mayor a la acostumbrada. El humo colectivo de cigarrillos, puros y narguiles amenaza la visibilidad y, a su manera, despierta

la inspiración. Ahí la intelectualidad literaria siria, parte del sistema y a pesar de él, se reencuentra, como cada semana, soñando con una clandestinidad que nunca le ha sido más ajena. Entre el público, diferente pero el mismo de siempre, abundan los informantes, incógnitos sólo para sí, al igual que los extranjeros, quienes dan a la cita poética un ilusorio aire de legitimidad. Los que más, y por mucho, iraquíes. Aunque también kurdos y palestinos, foráneos perennes indistintamente de la tierra en que se encuentren. Un mal necesario, los primeros y los segundos. Tan necesario como el mal que cambió a Damasco por Bagdad, a los omeyas por los abasíes, y que justificó la existencia del paraíso (este) en la medida en que dio origen al infierno (aquel).

—Sean bienvenidos a Beit al-Qasid (la casa de la poesía “directa”), gorgotea Lukman Derky, poeta por definición y, también, improbable anfitrión.

Una serie interminable de Lukmans toma el micrófono que de forma invariable permanece abierto, disponible. Lo torturan, lo acarician, lo estrujan y le rinden pleitesías. Lo cortejan, lo prostituyen; y con este a los oídos de la audiencia, perdida pero presente. Lo hacen suyo a nombre de Keats, de Shakespeare, de Auden y de Luis Cernuda. A nombre de Ibn Arabi, de Darwish, de Maghut y del suyo propio. El silencio reina a pesar de todo. El mar de gente se abre para dar paso a la venerada decrepitud de Ahmed Fuad Najam. Su presencia hoy valida el encuentro. No necesita recitar, ya de sus labios se ha escuchado lo que habría de decir, con aplausos. Antes de él vino, sin llegar, Antonio Gala; muchos, tal vez, lo harán después. Todo sea mientras esta casa exista, aunque se llene sólo de esperanzas porque por poesía sobra. Al menos en el imaginario árabe, donde todos tienen (para sus adentros) algo de bardos, desde el Profeta, sin ánimo de ser apóstata, hasta Gaddafi, sin ánimo de tener mal gusto.

**III.**  
Y es que Damasco, como la poesía, es el lugar del eterno retorno, lleno de

ausencias. Ya lo dice Adonis, no el griego sino el semita, a través de su peregrino Mihyar (“el que hace camino al andar”):

Aun cuando retournes,  
Odiseo.  
Aun cuando te opriman las distan-  
[cias,

Y la ruta se encienda  
En tu desconsolado rostro,  
O en tu temor amigo.

Seguirás siendo historia de anda-  
[dura.  
Seguirás habitando una tierra sin  
[tiempo,  
Viviendo en una tierra sin retorno.

Aun cuando retournes,  
Odiseo.<sup>1</sup>

**IV.**  
En la casa el arak sigue corriendo a raudales, es el único combustible que echa a andar estas veladas, que permite que se sigan sucediendo. Una bebida que no sólo engrosa el flujo sanguíneo sino el de las ideas. El antídoto contra la ignorancia (y la ignominia), el mediador silente y perfecto, el camarada indiscutible de la poesía; capaz de irrigar toda esta aridez y de terminar con su ominosa sequía espiritual. Un destilado de uva que hace mediterránea a Damasco, hermanando a su pueblo con Italia, con Grecia, con España, con Francia y con Turquía. Un elixir que desvela, de forma indistinta, el camino al paraíso y el eterno retorno. Un canal de comunicación directo y preciso con Omar Jaiyyam y Al-Kindi.

No han pasado diez minutos y la belleza de la palabra ya es omnipresente aunque todavía no se haya escrito o hablado ninguna. La poesía, muchas veces sin serlo, emana de esas gargantas edulcoradas, siempre en boca del mejor. Porque así lo dice(n). —

— DIEGO GÓMEZ PICKERING

<sup>1</sup> Adonis, “Tierra sin retorno”, *Canciones de Mihyar el de Damasco*, traducción y prólogo de Pedro Martínez Montávez, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Madrid, 1968, pp. 86.



## LITERATURA

## REFLEXIONES DE UN PASEANTE ATRIBULADO

## La estela del paseo

Para quien ha leído abundantemente sobre el paseo, sobre esa larga tradición vagabunda que comienza con *Las ensañaciones de un paseante solitario* de Rousseau —y quizá antes, con las caminatas peripatéticas—, salir a la deriva comporta el riesgo de que más que dejarse llevar por las ondulaciones de la calle, por el azar de los encuentros y las indecisiones de los cruceros, uno comience imperceptiblemente a dar vuelta a las esquinas dobladas de sus lecturas, siguiendo una huella escrita, *libresca*, en vez de una ruta por definir.

La tradición literaria y artística del *flâneur*, que reinventa la caminata y de simple medio de locomoción la convierte en una forma de estar en el mundo, es desde luego tan variopinta como vasta. Además del ya mencionado Rousseau, se cuenta entre sus filas William Hazlitt, R.L. Stevenson, Edgar Allan Poe y H.D. Thoreau; Charles Baudelaire, Guy Debord, Paul Virilio y casi todos los dadaístas y surrealistas; Karl Gottlob Schelle, Nietzsche, Walter Benjamin, Franz Hessel, Robert Walser, Ernst Jünger y Sebald; Joseph Beuys, Richard Long, Robert Smithson, Gordon Matta-Clark, Francis Alÿs y grupos artísticos como Fluxus; Salvador Novo, Roberto Arlt, Néstor Perlongher y un ambulante etcétera. Por ello no es extraño que, a la hora de caminar sin rumbo fijo, uno llegue a percibir una suerte de sombra, una presencia que es al mismo tiempo una pregunta: ¿hasta qué punto los paseos escritos, los vagabundeos de los que ha quedado registro literario o fueron documentados, influyen en la experiencia del paseante, en su disposición y derroteros?

Del mismo modo que, digamos, después de leer *Las confesiones de un inglés comedor de opio* de Thomas de Quincey sería difícil escribir bajo los efectos de esa droga —o bajo los no menos tóxicos de su resaca y recuerdo— sin rendirse

al hechizo de su escritura (Baudelaire redactó sus páginas drogadas bajo el influjo de De Quincey, y poco después Walter Benjamin haría lo mismo bajo el influjo de Baudelaire), los paseos que han sido vertidos al papel, y que por lo tanto pueden leerse y hasta en algunos casos reproducirse o emularse, dejan una estela duradera y tal vez ineludible —ya sea que se llamen callejeos, deambulaciones o derivas— en el paseante, en aquel que sale a la calle con la conciencia de que caminar es una práctica estética, la más antigua y poderosa, también la más universal.

Basta flexionar el tobillo como un fin en sí mismo, basta fatigar la calle sin ningún propósito para integrarse a un linaje, un linaje honorable y antiguo, aquella Orden Andante de la que hablara Thoreau; un linaje por cierto divagante y reflexivo, que ha vuelto innumerables veces sobre sí mismo, para repensarse, para dejar rastro.

Cuando alrededor de 1830, en su *Teoría del andar*, Balzac preguntaba “¿quién de nosotros piensa en el andar mientras camina?”, ya hacía tiempo que Wordsworth, en el famoso Distrito de los Lagos, había hecho de la caminata su estudio movedido, y por lo menos había transcurrido una larga década desde que William Hazlitt diera a la imprenta “On Going a Journey”, el primer ensayo de la literatura inglesa dedicado específicamente al placer del paseo. Es decir, la moderna tradición peripatética ya había dado sus gigantescos primeros pasos.

“¿Qué es la cultura? —escribía Simone Weil. Formación de la atención.” El árbol genealógico del paseo se convierte en una especie de hilo de Ariadna evanescente, un hilo mil veces anudado y vuelto a desenredar, que no promete casi nada, que no sirve de consuelo o guía, y en cuyo extremo no está la certeza de un regreso feliz. Por más que la calle termine imponiéndose con su estruendo y sus bullentes nevaduras, con sus peligros y pliegues, con sus dramas pasajeros y conversaciones advertidas al paso o simplemente inferidas, esa tradición andariega imanta los pasos, les da una intención aun cuando se supone que no deberían tenerla.

## La abolición de las calles

La verdadera amenaza para el arte sin preconcepciones del paseo son las calles mismas. Signo de la decadencia de la locomoción bípeda, pero también de la erosión del espacio público y las banquetas, hoy la mayoría de la gente se desplaza sentada y en vehículos, como si hubiera una fiebre antipeatonal, una deserción masiva de aquella Orden Andante que hoy corre el riesgo de desaparecer, de difuminarse por completo. A tal punto la caminata se ha vuelto una actividad en declive que, en esta era de ajeteo y aceleración, de idolatría del automóvil, la duda de Balzac se parecería a algo como lo que sigue: ¿quién piensa todavía en caminar, en caminar *en absoluto*? (Todo mundo sabe que en México, para ir a la esquina, hay un ritual previo que consiste en dar quince vueltas a la manzana en busca de estacionamiento.)

Para el hombre de a pie, la calle está en peligro de extinción. Si ya el propio Maquiavelo aconsejaba disgregar y dispersar a los habitantes mediante la destrucción parcial de la ciudad por la que antes circulaban libremente, los urbanistas contemporáneos parecen empeñados en desfigurarla y volverla cada vez más hostil, como si reduciendo a cascajo el espacio público tuvieran el propósito de perpetuar el aislamiento e inhibir los encuentros, casuales o no, de aquellos que todavía creemos en los pies como medio de libertad.

Pero sí, por un lado, se está cumpliendo aquel sueño perverso de Le Corbusier de abolir las calles para entregarlas al automóvil (y el poder que detenta), por otro, las calles se han vuelto intransitables, tierra de nadie que se reparten las bandas criminales y no tardan en ocupar los soldados. Sólo a un kamikaze se le ocurriría salir de noche a recorrer las casas deshabitadas de, por ejemplo, Ciudad Juárez, como en su momento hicieron los miembros de la Internacional Situacionista en París.

Paul Virilio anotó: “Tan necesarias como el agua o el aire que se respira, las calles son los corredores del alma y de las oscuras trayectorias de la

memoria.” Aquí y ahora, en México, las ciudades no tienen agua, el aire se ha vuelto irrespirable y estamos perdiendo día a día los corredores del alma y las trayectorias de la memoria. Al paso que vamos, cuando queramos seguir las huellas de Hazlitt e investigar el comportamiento de nuestro propio cerebro a seis kilómetros por hora, ya sólo podremos hacerlo en los mapas virtuales de internet o soñando caminatas en el espacio. —

— LUIGI AMARA

## CINE

### PESSOA EN LA PANTALLA GRANDE

La naturaleza fugaz de la poesía nunca ha escapado al arte cinematográfico. El cineasta alemán Wim Wenders y el director suizo Alain Tanner abordan, en sendos filmes, la presencia fantasmal de Fernando Pessoa.

Fernando Pessoa es uno de los más seductores enigmas de la literatura del siglo XX. La personalidad múltiple del poeta, esa constelación de individuos concentrados en una sola persona, hacen de él una metáfora viviente, palpitante, de la identidad humana. Pessoa pertenece a la estirpe de los escritores que llevaron existencias borrosas de hombres sin atributos. Merced a una estrategia existencial perfectamente planeada, Pessoa logró aislarse para dejar que aparecieran esos otros que escribieron su obra portentosa, el “Drama en gente”, un conjunto de poemas escritos por sus heterónimos que dejó guardado en un legendario y mágico baúl destinado a la posteridad.

Fue Pessoa un hermano espiritual de Kafka. Como este, Pessoa decidió llevar una vida solitaria, acaso un poco gris, para darse el tiempo y la libertad de erigir una obra monumental y prodigiosa. Desde este punto de vista la personalidad del poeta de Lisboa es materia ideal para realizar filmes donde su ausencia se nos revela en toda su plenitud gracias a su poesía.

En su *Historia de Lisboa* de 1994 (obra que por cierto continúa la tetralogía de *road movies* iniciada con *El estado de las cosas*) Wim Wenders, a medio camino entre la ficción y el documental, cuenta la historia de un director de cine que llama a su sonidista para que lo ayude a realizar un filme en la capital de Portugal. Cuando el sonidista llega a la ciudad, el director ha desaparecido dejando tan sólo secuencias inconexas. En cierta forma el director desaparecido es como Pessoa: sólo quedan sus imágenes para comprobar su existencia. Decidido a continuar el trabajo del director, el sonidista se dedica, a lo largo del filme, a registrar los sonidos de la ciudad. Al mismo tiempo que va grabando el sonido, el protagonista asiste a un concierto de Madredeus y a lo largo del filme también pueden escucharse fragmentos de la poesía de Pessoa hasta que, en algún momento, aparece en un tranvía un hombre de sombrero, con un pequeño bigote y de gafas redondas que no es otro que el fantasma de Pessoa que deambula por la ciudad como su emblema.

El cineasta suizo Alain Tanner, por su parte, realizó, en 1998, el filme *Réquiem*, adaptación cinematográfica de la novela homónima de Antonio Tabucchi, una de las máximas autoridades en la obra del poeta portugués. En cierta forma, como en el caso de Wenders, Tanner continúa el camino abierto en su espléndido filme *En la ciudad blanca* de 1983, protagonizado por Bruno Ganz, un hermoso homenaje a la ciudad de Pessoa. La película cuenta la historia de un escritor que acude a una cita en Lisboa. Quien lo ha llamado es nada menos que el fantasma de Pessoa, que le ha pedido encontrarse con él al mediodía. Convencido de que los fantasmas sólo aparecen a la medianoche, el protagonista se dedica a deambular por las calles de Lisboa en busca del fantasma de Pessoa acudiendo a los diversos cafés y lugares por los que vagaba el poeta. En su vagabundeo, y mientras llega la medianoche, el escritor se encuentra con diversos amigos que ya han muerto hace tiempo. A medio camino entre lo fantástico y lo real, el filme se sitúa en esa frontera indefinible que separa a los vivos de



El fantasma de Pessoa.

los muertos, logrando, como el filme de Wenders, un ejemplo de lo que Pier Paolo Pasolini llamara cine de poesía.

Tanto Wenders como Tanner exploran la naturaleza huidiza de la identidad, la melancolía, el presentimiento, lo fantasmal, la memoria, enmarcados en la esplendorosa capital de Portugal, una ciudad que invita a la contemplación.

Habrà que esperar el milagro de que a alguien se le ocurra traer el filme del cineasta griego Stelios Charalambopoulos titulado *La noche que Fernando Pessoa y Constantino Cavafis se encontraron*, de 2009, basada en el testimonio de un hombre que afirma que tal encuentro tuvo lugar en 1929.

En los primeros versos de “Tabaquería”, uno de sus poemas emblemáticos, Pessoa escribe:

No soy nada.  
Nunca seré nada.  
No puedo querer ser nada.  
Aparte de esto, llevo en mí todos los sueños de este mundo...

Acaso esos sueños sean los que el cine es capaz de otorgarnos. —

— MAURICIO MOLINA